

CAPÍTULO 17

La justicia de Dios

Padre nuestro, te amamos por tu justicia. Reconocemos que Tus juicios son verdaderos y justos en su totalidad. Tu justicia mantiene el orden del universo y garantiza la seguridad de todos los que confían en Ti. Vivimos porque Tú eres justo y misericordioso. Santo, santo, santo, Señor Dios Todopoderoso, justo en todos Tus caminos y santo en todas Tus obras. Amén.

En las Escrituras inspiradas, la justicia y la rectitud apenas se distinguen entre sí. La misma palabra en el original se convierte en inglés justice o righteousness, casi, se sospecharía, a capricho del traductor.

El Antiguo Testamento afirma la justicia de Dios en un lenguaje claro y pleno, y tan bello como puede encontrarse en cualquier parte de la literatura de la humanidad. Cuando se anunció la destrucción de Sodoma, Abraham intercedió por los justos de la ciudad, recordando a Dios que sabía que actuaría como Él mismo en la emergencia humana. "Lejos está de ti obrar así, matando al justo con el impío; y que el justo sea como el impío, lejos está de ti: ¿No obrará rectamente el Juez de toda la tierra?"

El concepto de Dios que tenían los salmistas y profetas de Israel era el de un gobernante todopoderoso, alto y elevado, que reina en equidad. "Nubes y tinieblas lo rodean; justicia y juicio son la morada de su trono". Del Mesías largamente esperado se profetizó que cuando viniera juzgaría al pueblo con justicia y a los pobres con juicio.

Hombres santos de tierna compasión, indignados por la injusticia de los gobernantes del mundo, oraron: "Oh Señor Dios, a quien pertenece la venganza; Dios, a quien pertenece la venganza, muéstrate. Levántate, Juez de la tierra: da tu recompensa a los soberbios. Señor, ¿hasta cuándo triunfarán los impíos, hasta cuándo triunfarán los impíos?". Y esto debe entenderse no como una súplica de venganza personal, sino como un anhelo de ver prevalecer la equidad moral en la sociedad humana.

Hombres como David y Daniel reconocieron su propia injusticia en contraste con la justicia de Dios, y como resultado sus oraciones penitenciales adquirieron gran poder y eficacia. "Oh Señor, a ti te pertenece la justicia, pero a nosotros la confusión de rostros". Y cuando el largamente esperado juicio de Dios comienza a caer sobre el mundo, Juan ve a los santos victoriosos de pie sobre un mar de cristal mezclado con fuego. En sus manos llevan arpas de Dios; el cántico que entonan es el cántico de Moisés y del Cordero, y el tema de su cántico es la justicia divina.

"Grandes y maravillosas son tus obras, Señor Dios Todopoderoso; justos y verdaderos son tus caminos, Rey de los santos. ¿Quién no te temerá, Señor, y glorificará tu nombre? porque sólo tú eres santo; porque todas las naciones vendrán y adorarán delante de ti; porque tus juicios son manifiestos."

La justicia encarna la idea de equidad moral, y la iniquidad es exactamente lo contrario; es la in-equidad, la ausencia de igualdad en los pensamientos y actos humanos. El juicio es la aplicación de la equidad a las situaciones morales y puede ser favorable o desfavorable según que la persona examinada haya sido equitativa o in-equitativa de corazón y de conducta.

A veces se dice: "La justicia exige que Dios haga esto", refiriéndose a algún acto que sabemos que Él realizará. Esto es un error tanto de pensamiento como de expresión, porque postula un principio de justicia fuera de Dios que le obliga a actuar de una determinada manera. Por supuesto que no existe tal principio. Si lo hubiera, sería superior a Dios, pues sólo un poder superior puede obligar a obedecer.

La verdad es que no hay ni puede haber nada fuera de la naturaleza de Dios que pueda moverle en el menor grado. Todas las razones de Dios provienen del interior de Su ser increado. Nada ha entrado en el ser de Dios desde la eternidad, nada ha sido quitado, y nada ha sido cambiado.

La justicia, cuando se usa de Dios, es un nombre que damos a la manera de ser de Dios, nada más; y cuando Dios actúa con justicia no lo hace para ajustarse a un criterio independiente, sino simplemente actuando como Él mismo en una situación dada. Como el oro es un elemento en sí mismo y nunca puede cambiar ni comprometerse, sino que es oro dondequiera que se encuentre, así Dios es Dios, siempre, sólo, plenamente Dios, y nunca puede ser otro que Él. Todo en el universo es bueno en la medida en que se ajusta a la naturaleza de Dios y malo en la medida en que no lo hace. Dios es Su propio principio autoexistente de equidad moral, y cuando condena a los malvados o recompensa a los justos, simplemente actúa como Él mismo desde dentro, sin dejarse influir por nada que no sea Él mismo.

Todo esto parece, pero sólo parece, destruir la esperanza de justificación para el pecador que vuelve. El filósofo y santo cristiano Anselmo, arzobispo de Canterbury, buscó una solución a la aparente contradicción entre la justicia y la misericordia de Dios. "¿Cómo perdonas a los impíos?", preguntó a Dios, "si Tú eres todo justo y supremamente justo". Entonces miró directamente a Dios en busca de la respuesta, pues sabía que radicaba en lo que Dios es.

Las conclusiones de Anselmo pueden parafrasearse así: El ser de Dios es unitario; no se compone de varias partes que funcionan armónicamente, sino simplemente de una. No hay nada en su justicia que impida el ejercicio de su misericordia. Pensar en Dios como a veces pensamos en un tribunal donde un juez bondadoso, obligado por la ley, condena a muerte a un hombre con lágrimas y disculpas, es pensar de una manera totalmente indigna del verdadero Dios. Dios nunca está en contradicción consigo mismo. Ningún atributo de Dios está en conflicto con otro. La compasión de Dios brota de su bondad, y la bondad sin justicia no es bondad. Dios nos perdona porque es bueno, pero no podría ser bueno si no fuera justo. Cuando Dios castiga a los malvados,

Anselmo concluye, es justo porque es consistente con sus merecimientos; y cuando Él perdona a los malvados es justo porque es compatible con Su bondad; así que Dios hace lo que le conviene como Dios supremamente bueno. Esta es la razón que trata de comprender, no para creer, sino porque ya cree.

La doctrina cristiana de la redención ofrece una solución más sencilla y familiar al problema de cómo Dios puede ser justo y justificar a los injustos. Es que, a través de la obra de Cristo en la expiación, la justicia no es violada sino satisfecha cuando Dios perdona a un pecador. La teología redentora enseña que la misericordia no se hace efectiva hacia un hombre hasta que la justicia ha hecho su trabajo. El justo castigo por el pecado fue exigido cuando Cristo, nuestro Sustituto, murió por nosotros en la cruz. Por desagradable que esto pueda sonar al oído del hombre natural, siempre ha sido dulce al oído de la fe. Millones han sido transformados moral y espiritualmente por este mensaje, han vivido vidas de gran poder moral, y han muerto al fin pacíficamente confiando en él.

Este mensaje de justicia descargada y misericordia operativa es más que una agradable teoría teológica; anuncia un hecho hecho hecho necesario por nuestra profunda necesidad humana. A causa de nuestro pecado, todos estamos condenados a muerte, un juicio que se produjo cuando la justicia se enfrentó a nuestra situación moral. Cuando la infinita equidad se enfrentó a nuestra crónica e intencionada falta de equidad, hubo una violenta guerra entre ambas, una guerra que Dios ganó y debe ganar siempre. Pero cuando el pecador penitente se entrega a Cristo para su salvación, la situación moral se invierte. La justicia se enfrenta a la nueva situación y declara justo al creyente.

Así, la justicia se pone realmente del lado de los hijos confiados de Dios. Este es el significado de aquellas atrevidas palabras del apóstol Juan: "Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad." Pero la justicia de Dios se alza para siempre contra el pecador con total severidad. La vaga y tenue esperanza de que Dios es demasiado bondadoso para castigar a los impíos se ha convertido en un opio mortal para las conciencias de millones de personas. Acalla sus temores y les permite practicar todas las formas placenteras de iniquidad, mientras la muerte se acerca cada día más y el mandato de arrepentirse no se cumple. Como seres morales responsables, no nos atrevemos a jugar con nuestro futuro eterno.

*Jesús, tu sangre y tu justicia son mi
belleza, mi vestido glorioso;
En medio de los mundos en llamas, con estas vestiduras, con alegría
levantaré mi cabeza. Atrevido estaré en tu gran día, pues ¿quién me
acusará de algo? Plenamente absuelto estoy
Del pecado y del miedo, de la culpa y de la vergüenza. Conde N. L. von
Zinzendorf*